



SACHS, Jeffrey (2012)
El precio de la civilización
Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo
de Lectores, S.A.
(Título original: *The price of civilization*.
Traducción: Estrella Trincado).

Un nuevo texto se incorpora a la literatura especializada reciente para comprender la crisis actual del capitalismo. Jeffrey Sachs se ha unido a otros economistas destacados que han tratado el tema. Sachs,¹ economista perteneciente a una élite muy selecta de profesionales con obvias relaciones con las clases dirigentes mundiales, destaca además por la manera directa como, desde las páginas iniciales, aborda el problema: “No cabe duda de que hay algo que no funciona bien en la sociedad, la política y la economía de Estados Unidos” (p. 19).

Por otra parte, Sachs considera la crisis actual, iniciada en 2007-2008, como una crisis profunda, estructural, con origen principal en Estados Unidos: “No nos enfrentamos a un bache de corto plazo del ciclo de negocios, sino que se trata de una tendencia social, política y económica de largo plazo” (pp. 9-10). Para Sachs, la crisis es reflejo de un deterioro general y profundo del sistema político y social estadounidense. Esta crisis tiene para él además un carácter integral, que se manifestaría en una serie de graves problemas o sectores: finanzas públicas y resto de las finanzas en general, guerras, sanidad, educación, política energética, reforma migratoria, creciente desigualdad social y de ingresos, etc.

¹ Sachs es asesor del Secretario General de las Naciones Unidas. En el pasado, entre otras responsabilidades, ha coordinado la implantación de políticas de reestructuración y ajuste económico en Latinoamérica, y la transición económica en Polonia y Rusia luego de la caída de las URSS, entre otras, en más de cien países.

Todo esto prevalece además en un contexto caracterizado por la descomposición ética del sistema: “La administración está llena de individuos que se aprovechan de las influencias que les permiten transitar entre Wall Street y la Casa Blanca” (p. 10). Esto es lo que otros analistas han denominado “capitalismo entre amigos” o “capitalismo clientelar”, mientras que Sachs le llama “corporatocracia”, “un sistema político en que los grupos de interés de las poderosas corporaciones controlan la hoja de ruta política” (p. 131), el cual consistiría en la “representación excesiva de las grandes empresas e intereses de los ricos” (p. 143). En opinión de Sachs, en Estados Unidos, crecientemente y de manera especial a partir de la elección de Ronald Reagan en 1980 “Elegimos entre dos partidos que ignoran cínicamente a su electorado el mismo día siguiente a su elección para llevar a cabo políticas que buscan satisfacer a los ricos y poderosos en vez de los votantes” (p. 132).

Tal rasgo se vería favorecido por: 1) La existencia de partidos políticos débiles con representantes electos en circunscripciones unipersonales, lo que favorece la influencia de los grupos de interés a través de la financiación de campañas de representantes locales. 2) La importancia del “complejo industrial militar”. 3) La importancia del financiamiento proveniente de grandes empresas en las campañas electorales estadounidenses. 4) El poder e influencia que ejercen las grandes empresas transnacionales que acompañan al proceso de globalización, lo que promovería el otorgamiento de ventajas o subsidios a su favor por parte de los gobiernos, en un fenómeno caracterizado por el retiro del gobierno o Estado que ha dado en llamarse “carrera hacia el fondo”.

Sachs señala como consecuencias principales de la acción de esta corporatocracia, las siguientes:

- “Estados Unidos se ha visto condenado a la militarización, a guerras inútiles [?;ii], y al gasto fiscal en una escala de decenas de billones de dólares...” (p. 145ss.).
- El control notable por parte de unas pocas empresas (particularmente, Goldman Sachs, J.P. Morgan Chase, Citigroup, Morgan Stanley) del sistema financiero y el excesivo poder político que estos grupos mantendrían, lo que les permite, entre otras acciones, “designar” los “más importantes legisladores económicos” durante varias administraciones o gobiernos en Washington, incluyendo el gobierno de Obama (William Daly, Larry Summers, Gene Sperling y Jack Lew).

- La influencia de lo que Sachs identifica como el complejo militar-transporte-grandes empresas petrolíferas, con creciente influencia en la política de exterior y de seguridad de Estados Unidos, la cual sería responsable de conflictos bélicos, especialmente en Medio Oriente, para defender rutas y suministros. Guarda relación también con la importancia de la industria automovilística y el papel de las grandes empresas de petróleo en la “lucha por mantener el cambio climático fuera de la agenda de Estados Unidos” (p. 146).
- La importancia de gremios y empresas asociadas con la atención médica y los medicamentos, cuyo resultados se perciben en el mantenimiento de un sistema de atención de salud con unos “costes desorbitados, [y] grandes beneficios para el sector de la sanidad privada y ninguna voluntad política de hacer reformas” (p. 147).

Y entre las políticas concretas que esta corporatocracia habría logrado exitosamente imponer, destacan: 1) La ampliación de recortes de impuestos a los ricos. 2) El fracaso de la reforma sanitaria estadounidense. 3) El estancamiento de las políticas energéticas, en particular de las investigación e innovación de fuentes alternativas a los combustibles fósiles, petróleo y carbón. 4) Los rescates y bonos de los grupos de presión financieros, en especial luego de la crisis de 2008. 5) La proliferación de paraísos fiscales internacionales. Sobre este último aspecto, Sachs opina: “El uso de paraísos fiscales se ha disparado en los pasados 30 años, y lo que antes era un truco de los individuos ricos para evitar el fisco, ahora se ha convertido en un vehículo sistemático para ocultar los beneficios empresariales de los impuestos. En cualquier caso, lo que es más importante es que Hacienda parece encantada de ayudar estas prácticas” (p. 156).

Y quizás aun más notable, la existencia de esta corporatocracia resalta en el panorama sombrío de la crisis que golpea millones de hogares estadounidenses (más de nueve millones de empleos se perdieron en 2009), necesitados de asistencia gubernamental, en marcado contraste con la situación de los poderosos. De acuerdo con datos proporcionados por Sachs:

“- Los beneficios empresariales de 2010 estaban más altos que nunca.

“- Los salarios de los altos cargos de 2010 rebotaron fuertemente tras la crisis financiera.

“- Las remuneraciones de Wall Street en 2010 eran más altas que nunca.

“- Varias empresas de Wall Street pagaron multas civiles por delitos financieros, pero ningún banquero importante se ha enfrentado a ningún cargo criminal.

“- No hubo medidas regulatorias adversas que llevarsen a una pérdida de beneficios en finanzas, sanidad, aprovisionamientos militares y energía” (p. 162).

Toda esta desigual estructura social y política cuenta con el respaldo y “complicidad” de todo un poderoso sistema global de medios de comunicación y propaganda que es igualmente reseñado en este libro: “Los medios de comunicación, intereses corporativos fundamentales, y los políticos constituyen ahora una red de interconexiones y poder *sin fisuras*, diseñada para perpetuarse a sí misma a través de la incesante fabricación de ficciones” (p. 176. El destacado es nuestro).

La segunda parte de este libro es dedicada por Sachs a ofrecer medidas de solución a esta crisis multidimensional del sistema económico, político y social estadounidense. No obstante, sus recomendaciones sobre este particular son menos creativas y sugerentes, *incluido cierto recurso a una suerte de misticismo oriental*, y se mantienen esencialmente dentro de los estrechos límites del *statu quo* u orden de cosas de la sociedad y sistema político estadounidenses, por lo que no nos merecerán comentarios más extensos, si bien nos lucen igualmente valientes, en el sentido de que al menos reconocen que el sistema actual no puede sostenerse sin profundos cambios.

Un último párrafo de Sachs quizás ilustre adecuadamente el fondo de esta segunda parte de su libro:

“No estoy en absoluto en contra de la acumulación de riqueza, *incluso de mucha riqueza (sic)*. No estoy defendiendo una ‘lucha de clases’... No defiendo que se sangre a los ricos, sino que se les emplace a que paguen una parte *decente* [?] y responsable de las necesidades nacionales... Hoy en día *necesitamos a los ricos* para que cumplan con su *modesta* parte, permitiendo que toda la sociedad comparta la mayor prosperidad. Salvando ese obstáculo, reduciríamos la necesidad en el futuro de hacer transferencias a largo plazo de los ricos a los pobres” (p. 284. Los énfasis son nuestros).

Y quizá sea esta también una forma justa y benevolente de concluir la evaluación a este trabajo de Sachs.

Prof. Rodolfo Magallanes
Instituto de Estudios Políticos
Universidad Central de Venezuela